

RETIRO “DISCÍPULOS, APÓSTOLES, SANTOS”

4.- EN ESPÍRITU Y VERDAD.

VER:

En el primer retiro decíamos que cristiano coherente es aquella persona que experimenta de forma profunda a Dios como Padre y vive cada día inundado de esa presencia, como eje vertebrador y punto de referencia para todas las dimensiones de su vida.

También vimos que el encuentro con Dios en Jesucristo abarca todos los ámbitos y momentos de la vida. Ser “cristiano” no es serlo en una determinada proporción, sino serlo o querer serlo, con seriedad, las veinticuatro horas del día y todos los días de nuestra vida; serlo ante todas las situaciones y problemas –personales, familiares, afectivos, profesionales, educacionales, económicas, políticos, religiosos...– que se presentan en nuestro existir y hemos de afrontar continuamente.

Por tanto, ser cristiano conlleva un proceso, que comienza por ser discípulos, para ser apóstoles y teniendo como meta la santidad. Pero esto no significa que estas tres fases se den separadas unas de otras: aunque uno comienza siendo discípulo, nunca deja de serlo aunque ya haya asumido tareas de apostolado; y la llamada a la santidad está presente desde el principio del proceso desde nuestro Bautismo.

Pero para sistematizar estos retiros, vamos a seguir el orden de “discípulos – apóstoles – santos”. Y así, en el segundo retiro vimos que, por haberse encontrado con Jesús, los primeros discípulos empiezan a vivir un proceso que les cambiará la vida para siempre. Reciben la llamada personal del Señor que les pide que dejen allí sus redes, su trabajo, sus vidas, y se vayan con Él para seguirle.

En el tercer retiro, contemplando el primer encuentro de Jesús con Andrés y Juan, veíamos que millones de personas dicen que son cristianas, pero no han experimentado un verdadero encuentro, un verdadero contacto con Jesús. Viven un cristianismo “rutinario”. No saben cómo vivió Jesús de Nazaret, desconocen el Evangelio, ignoran su proyecto, no aprenden nada especial de Él. No han sido discípulos suyos.

Como vamos a ver hoy, ser cristiano es algo distinto de ser religioso. En más de una ocasión se ha dicho que Jesús no vino a inaugurar una nueva religión, sino un nuevo estilo de vida, un nuevo modo de vivir la relación con Dios. Uno empieza a ser cristiano a partir del encuentro con la Persona de Jesús. Esta experiencia no se puede copiar de otros. Cada uno está llamado a ese encuentro personal con Jesús y a seguirle como discípulo suyo.

Para la reflexión:

- ¿Me he “saltado” alguna de las fases del proceso de fe: discípulo-apóstol-santo?
- ¿Cuál de ellas acentúo más, y cuál debería reforzar más?
- Medito este párrafo: Ser cristiano es algo distinto de ser religioso. En más de una ocasión se ha dicho que Jesús no vino a inaugurar una nueva religión, sino un nuevo estilo de vida, un nuevo modo de vivir la relación con Dios. Uno empieza a ser cristiano a partir del encuentro con la Persona de Jesús. Según esto, ¿soy “religioso” o soy “cristiano”?

JUZGAR:

Jn 4, 5-26:

⁵Llegó Jesús a una ciudad de Samaría llamada Sicar, cerca del campo que dio Jacob a su hijo José; ⁶allí estaba el pozo de Jacob. Jesús, cansado del camino, estaba allí sentado junto al pozo. Era hacia la hora sexta. ⁷Llega una mujer de Samaría a sacar agua, y Jesús le dice: «Dame de beber».

⁸Sus discípulos se habían ido al pueblo a comprar comida.

La samaritana le dice: ⁹«¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy samaritana?» (porque los judíos no se tratan con los samaritanos). ¹⁰Jesús le contestó: «Si conocieras el don de Dios y quién es el que te dice "dame de beber", le pedirías tú, y él te daría agua viva».

¹¹La mujer le dice: «Señor, si no tienes cubo, y el pozo es hondo, ¿de dónde sacas el agua viva?»

¹²¿eres tú más que nuestro padre Jacob, que nos dio este pozo, y de él bebieron él y sus hijos y sus ganados?». ¹³Jesús le contestó: «El que bebe de esta agua vuelve a tener sed; ¹⁴pero el que beba del agua que yo le daré nunca más tendrá sed: el agua que yo le daré se convertirá dentro de él en un surtidor de agua que salta hasta la vida eterna».

¹⁵La mujer le dice: «Señor, dame esa agua: así no tendré más sed, ni tendré que venir aquí a sacarla». ¹⁶Él le dice: «Anda, llama a tu marido y vuelve». ¹⁷La mujer le contesta: «No tengo marido». Jesús le dice: «Tienes razón, que no tienes marido: ¹⁸has tenido ya cinco, y el de ahora no es tu marido. En eso has dicho la verdad».

¹⁹La mujer le dice: «Señor, veo que tú eres un profeta. ²⁰Nuestros padres dieron culto en este monte, y vosotros decís que el sitio donde se debe dar culto está en Jerusalén». ²¹Jesús le dice: «Créeme, mujer: se acerca la hora en que ni en este monte ni en Jerusalén adoraréis al Padre. ²²Vosotros adoráis a uno que no conocéis; nosotros adoramos a uno que conocemos, porque la salvación viene de los judíos. ²³Pero se acerca la hora, ya está aquí, en que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y verdad, porque el Padre desea que lo adoren así. ²⁴Dios es espíritu, y los que adoran deben hacerlo en espíritu y verdad».

²⁵La mujer le dice: «Sé que va a venir el Mesías, el Cristo; cuando venga, él nos lo dirá todo».

²⁶Jesús le dice: «Soy yo, el que habla contigo».

En este encuentro, Jesús aplica su metodología, su táctica preferida: llevar a la persona a tomar conciencia de su verdadera necesidad. Hacer brotar un deseo, profundizar una exigencia, hacer caer en la cuenta de lo que no se tiene, poner al descubierto la propia pobreza, hacer brotar una petición.

Todos hemos sentido alguna vez momentos de cansancio, de sed. Sed ante un mundo que no es justo y fraterno, y que en muchas ocasiones deja a muchos hombres y mujeres en la cuneta de la vida; sed ante un sinsentido de nuestra vida personal; sed e insatisfacción ante nuestra manera acomodada y rutinaria de vivir la fe. Tanto a nivel personal como colectivo, hay algo que no funciona y que genera dentro de nosotros una sed.

El Señor y la samaritana son representantes de ese “algo” que no funciona. Uno y otra son miembros de dos pueblos que se odiaban y que, sin embargo, adoraban formalmente a Dios, aunque en dos templos distintos. Dos pueblos, el samaritano y el judío, que tenían un fuerte sentido religioso, lo que no les impedía odiarse a nivel individual y colectivo; odiarse tanto que el asombro de la mujer ante la petición de Jesús, por el hecho de ser ella samaritana y él judío, es evidente.

Posiblemente un judío hubiera preferido morir de sed antes que pedir agua a una samaritana, antes de conversar con la representante de un pueblo hereje y contaminado. Pero para Jesús, todo esto no cuenta. Él esperaba a la samaritana, la esperaba desde siempre para revelar al nuevo hombre que nacerá en la Tierra al seguir su palabra.

La mujer samaritana en su encuentro inesperado con Jesús adoptó una actitud muy concreta. Para ser discípulos no se necesita tener un buen presupuesto económico, o abundantes recursos humanos y materiales. Sólo basta la actitud de querer conocer el mensaje de salvación de nuestro Señor Jesucristo.

La mujer samaritana escuchó atentamente todo lo que Jesús le estaba diciendo y supo mantener un diálogo con Él. Ella le presentó sus preocupaciones y esperanzas. Aceptó su condición de pecadora ante las preguntas de Jesús.

El proceso de la mujer samaritana es un camino típico hacia la fe: la mujer se siente conocida, pero intenta desviar el encuentro hacia temas secundarios, huyendo del planteamiento personal. Todos tenemos los planteamientos personales, porque llevan necesariamente a compromisos imprevisibles y costosos.

Sin embargo, el camino del discípulo pasa necesariamente por el planteamiento y la aceptación de los problemas personales, porque existe una profunda relación entre conocernos personalmente y amarnos, entre ser conocidos y sentirnos amados. De este sentirnos amados nace la posibilidad de abrirnos al don que Dios nos ofrece por Jesús. Don ofrecido sin otra condición previa que el reconocer que tenemos necesidad de Él, que lo anhelamos.

Para la reflexión:

- ¿De qué tengo sed en este momento de mi vida? ¿Y de qué pienso que tiene sed la gente de mi entorno?
- La mujer samaritana escuchó atentamente todo lo que Jesús le estaba diciendo y supo mantener un diálogo con Él. ¿Tengo esa actitud de escucha? ¿Mi oración es diálogo, o monólogo?
- Medito este párrafo: el camino del discípulo pasa necesariamente por el planteamiento y la aceptación de los problemas personales, porque existe una profunda relación entre conocernos personalmente y amarnos, entre ser conocidos y sentirnos amados. De este sentirnos amados nace la posibilidad de abrirnos al don que Dios nos ofrece por Jesús.

Jesús dice a la mujer: Si conocieras el don de Dios... Jesús no se limita a satisfacer nuestras peticiones. Es como si nos dijera: “Si supieras lo que necesitas de verdad...” Si supieses lo que te falta para ser verdaderamente humano, para tener un verdadero rostro de cristiano... Desgraciadamente, nos creemos que necesitamos un montón de cosas inútiles, que esconden nuestras necesidades reales, que nos impiden tomar conciencia de lo verdaderamente importante.

Y la mujer responde: **Señor, dame esa agua: así no tendré más sed.** Ésta es la respuesta de un verdadero discípulo, la que Jesús esperaba: que se reconozca necesitada, insatisfecha. El don de Jesús despierta, estimula y acrecienta el deseo. Y una vez hayamos gustado el agua que Jesús nos da, no nos dirigiremos más a otros “pozos” para apagar nuestra sed. Entenderemos que son inadecuados, insuficientes, engañosos.

Jesús nos plantea la desproporción entre la sed del hombre y las escasas posibilidades que ofrecen las criaturas y la sociedad para apagarla. El corazón del hombre ha sido creado demasiado grande, y todas las posibilidades que nos ofrece la sociedad nos dejan un enorme vacío, que está necesitando de algo infinito para llenarlo. El agua que nos ofrecen todos los pozos que se encuentran por los caminos del mundo solamente nos puede calmar de momento la sed. Pero la sed de infinito aparece cada vez con más insistencia y nos exige un agua superior para acallarla.

Frente a las propuestas humanas, Jesús nos presenta también las suyas. Al agua del pozo propone el agua que brota para la vida eterna. Un agua que bastará beber una vez para que la sed se calme para siempre, porque el Espíritu quedará interiorizado en el hombre. Jesús no condena nuestras pobres alegrías; lo que hace es proponernos algo mejor, más definitivo. Y este algo tiene que brotar de dentro, porque las ilusiones, el deseo de infinito, lo tenemos dentro de nosotros y dentro tenemos que descubrirlo.

Es importante caer en la cuenta de lo que dice Jesús: **el agua que yo le daré se convertirá dentro de él en un surtidor de agua que salta hasta la vida eterna**. Ser discípulo no es algo exterior a cada uno: la fuente de la vida y de la fecundidad está abierta dentro de cada uno.

La vida verdadera, la que sacia el corazón humano, no está fuera del hombre: brota de sí mismo. Jesús no nos proporciona el agua viva desde el exterior: nos descubre a cada uno el misterio de nuestra propia personalidad, nos revela a nosotros mismos. Este descubrimiento es el que se va dibujando en sus palabras, con las que progresivamente va desvelando a la samaritana quién es ella.

Por eso no habla del agua viva más que a una persona que busca agua y a la que antes le ha pedido que dé de beber a un enemigo. La personalidad de Jesús, su agua viva, no la captan más que los hombres que buscan, para sí y para los demás, “agua” que sacie sus vidas.

El primer paso para acceder al agua viva es la sinceridad con nosotros mismos. Es el paso más difícil: todos tenemos nuestra forma de mentirnos a nosotros mismos. Todos tenemos miedo a nuestra verdad desnuda.

Los maridos que ha tenido la samaritana representan la búsqueda de seguridades opuestas al designio de Dios, la pretensión engañosa de encontrar solución fuera de Él, todo aquello a lo que nos atamos como un refugio a nuestra debilidad y mediocridad. Esta mujer buscaba en los maridos lo que no encontraba dentro de sí misma. Pero los maridos no le podían dar lo que buscaba su corazón; por eso reconoció que ahora no tenía marido, que su felicidad era totalmente artificial.

Para la reflexión:

- Medito este párrafo: Jesús dice a la mujer: Si conocieras el don de Dios... Es como si nos dijera: “Si supieras lo que necesitas de verdad...” Si supieses lo que te falta para ser verdaderamente humano, para tener un verdadero rostro de cristiano. ¿Sé lo que de verdad necesito?
- Jesús nos plantea la desproporción entre la sed del hombre y las escasas posibilidades que ofrecen las criaturas y la sociedad para apagarla. El corazón del hombre ha sido creado demasiado grande, y todas las posibilidades que nos ofrece la sociedad nos dejan un enorme vacío, que está necesitando de algo infinito para llenarlo. ¿Cuál es el “agua que bebo” para tratar de satisfacer mi “sed”?
- Ser discípulo no es algo exterior a cada uno: la fuente de la vida y de la fecundidad está abierta dentro de cada uno. Jesús no nos proporciona el agua viva desde el exterior: nos descubre a cada uno el misterio de nuestra propia personalidad, nos revela a nosotros mismos. El primer paso para acceder al agua viva es la sinceridad con nosotros mismos. ¿Es así en mi caso?
- Los maridos que ha tenido la samaritana representan la búsqueda de seguridades, todo aquello a lo que nos atamos como un refugio a nuestra debilidad y mediocridad. Esta mujer buscaba en los maridos lo que no encontraba dentro de sí misma. Pero los maridos no le podían dar lo que buscaba su corazón. ¿Cuáles son “mis maridos”?

También debemos pensar en la gran revelación de Jesús a la samaritana: **los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y verdad**. Porque, en este aspecto como en otros muchos, nos hemos dedicado a apartarnos del Evangelio y a copiar la religiosidad del Antiguo Testamento. El hombre del Antiguo Testamento es un hombre profundamente religioso, cumplidor de la ley, observante de los ritos; es un hombre que reza puntualmente, que ayuna cuando está mandado, que paga los diezmos. Es perfecto, pero con frecuencia su corazón, que es lo más importante, está lejos de Dios aunque lo invoca con tanta frecuencia.

Ha pasado el tiempo; hemos leído muchísimas veces el Evangelio, hemos comentado el pasaje de la samaritana y tantos otros en los que el Señor habla de lo que es verdaderamente fundamental en la relación con Dios y, a pesar de todos ellos, seguimos pegados fuertemente a las formas. Todavía nos importa mucho la forma, el rito, la cantidad de nuestros actos religiosos; pero ser formalmente cumplidor puede no obligar demasiado al sujeto, cuyo corazón puede estar muy distante de lo que de verdad quiere Dios.

Adorar a Dios en espíritu y verdad supone un serio compromiso personal de ajustar la vida a lo que quiere Dios. Y esto es mucho más comprometido y exigente que el simple cumplimiento. Una religión de fórmulas, aunque sea de fórmulas piadosas, no apaga la sed del hombre, no justifica el compromiso de una vida, no convence ni arrastra, ni tiene garra para presentarla a los que no creen como la meta deseable a la que hay que tender.

Esa forma de entender lo religioso es agua pasada. Si queremos ser verdaderos discípulos, necesitamos hacer un esfuerzo para sacudir nuestra tendencia al formalismo rutinario y encaminarnos decididamente hacia el mundo de la libertad de los hijos de Dios. Hay que buscar un agua distinta, la que ofrecía el Señor a la samaritana y de la que aseguraba que saciaba para siempre la sed porque es un agua capaz de producir, en quien la bebe, el milagro de una nueva vida caracterizada por la apertura a un Dios personal, cercano y amigo, que pasa cerca de nosotros.

Para la reflexión:

- El hombre del Antiguo Testamento es un hombre profundamente religioso, cumplidor de la ley, observante de los ritos; es un hombre que reza puntualmente, que ayuna cuando está mandado, que paga los diezmos. Es perfecto, pero con frecuencia su corazón, que es lo más importante, está lejos de Dios aunque lo invoca con tanta frecuencia. En la práctica, ¿soy del Antiguo, o del Nuevo Testamento?
- Adorar a Dios en espíritu y verdad supone un serio compromiso personal de ajustar la vida a lo que quiere Dios. Y esto es mucho más comprometido y exigente que el simple cumplimiento. Una religión de fórmulas, aunque sea de fórmulas piadosas, no apaga la sed del hombre, no justifica el compromiso de una vida. ¿En qué me siento cuestionado por este párrafo?

ACTUAR:

Tal vez una de las mayores desgracias del cristianismo contemporáneo es la falta de experiencia religiosa. Son muchos los que se dicen cristianos y, sin embargo, no saben lo que es disfrutar de su fe, sentirse a gusto con Dios y vivir saboreando su adhesión a Jesús. ¿Cómo se puede ser creyente sin gozar nunca del amor acogedor de Dios?

En occidente, con frecuencia, hemos entendido y vivido la fe como un “conocer conceptos e ideas de Dios, una “adhesión doctrinal” a Jesucristo. Bastantes cristianos “conocen, creen cosas” acerca de Jesús, pero no saben comunicarse gozosamente con Él.

Algo parecido ocurre a veces en la celebración litúrgica. Se observan correctamente los ritos externos y se pronuncian palabras hermosas, pero todo parece acontecer “fuera” de la persona. Se habla con los labios, pero el corazón está ausente. Se recibe el Cuerpo del Señor, pero no se produce una comunicación viva con Él.

Es significativo también lo que sucede con la lectura de la Biblia. Los avances de la exégesis nos han permitido conocer como nunca la composición de los libros sagrados, los géneros literarios... Sin embargo, no hemos aprendido a saborear el Evangelio de Jesús.

Todo esto produce una sensación extraña. Se diría que nos estamos moviendo en la epidermis de la fe. En la Iglesia no faltan palabras ni sacramentos. Se predica todos los domingos. Se celebra la Eucaristía. También hay Bautizos, primeras Comuniones y Confirmaciones. Pero falta “algo” y no es fácil decir exactamente qué. Sin embargo esto no es lo que vivieron los primeros discípulos.

Necesitamos una experiencia nueva del Espíritu que nos haga vivir por dentro y nos enseñe a “sentir y gustar las cosas internamente”, como decía san Ignacio de Loyola. Nos falta gustar lo que decimos creer; saborear en nosotros la presencia callada pero real de Dios. Nos falta espontaneidad con Él, confianza gozosa en su Amor. Hacer vida lo celebrado.

Esta experiencia de Dios no es fruto de nuestros esfuerzos y trabajos. Al Espíritu hay que “hacerle sitio” en la vida y en el corazón, en nuestras celebraciones y en la comunidad cristiana. La Iglesia de nuestros días ha de escuchar también hoy las palabras de Jesús a la samaritana: **Si conocieras el don de Dios...** Sólo cuando se abre a la acción del Espíritu descubre el discípulo esa agua prometida por Jesús, que se convierte dentro de nosotros en un manantial que salta hasta la vida eterna.

Para encontrarnos con Dios no es necesario ir a Roma o peregrinar a Jerusalén. No hace falta entrar en una capilla o visitar una catedral. Desde cualquier lugar podemos elevar nuestro corazón hacia Dios.

Como Jesús hace saber a la samaritana, el Padre está buscando verdaderos adoradores. No está esperando de sus hijos grandes ceremonias, celebraciones solemnes, inciensos y procesiones. Lo que desea son corazones sencillos que le adoren en espíritu y en verdad.

Esto supone seguir los pasos de Jesús como discípulos suyos, dejarnos conducir como Él por el Espíritu del Padre, aprender a ser compasivos y misericordiosos. Dios es amor, perdón, ternura, aliento... y quienes lo quieran adorar en espíritu y verdad deben parecerse a Él.

Para la reflexión:

- Medito estas frases y pienso si me ocurre a mí lo que indican:
 - Son muchos los que se dicen cristianos y, sin embargo, no saben lo que es disfrutar de su fe, sentirse a gusto con Dios y vivir saboreando su adhesión a Jesús.
 - Bastantes cristianos “conocen, creen cosas” acerca de Jesús, pero no saben comunicarse gozosamente con Él.
 - En la celebración litúrgica. Se observan correctamente los ritos externos y se pronuncian palabras hermosas, pero todo parece acontecer “fuera” de las personas. Se habla con los labios, pero el corazón está ausente.
 - Es significativo también lo que sucede con la lectura de la Biblia: no hemos aprendido a saborear el Evangelio de Jesús.
- Como Jesús hace saber a la samaritana, el Padre está buscando verdaderos adoradores. Dios es amor, perdón, ternura, aliento... y quienes lo quieran adorar en espíritu y verdad deben parecerse a Él. ¿Qué tengo que hacer o dejar de hacer, qué debo cuidar o potenciar para ser mejor discípulo, y adorar al Padre en espíritu y verdad?

SI CONOCIERAS EL DON DE DIOS

“Si conocieras el amor que Dios te tiene
si descubrieras lo que Él te quiere regalar...”

Si conocieras como te amo
si conocieras como te amo,
dejarías de vivir, sin amor.
Si conocieras como te amo
si conocieras como te amo,
dejarías de medigar cualquier amor.
Si conocieras como te amo,
como te amo
serías más feliz.

Si conocieras como te busco
si conocieras como te busco,
dejarías que te alcanzara mi voz
Si conocieras como te busco
si conocieras como te busco
dejarías que te hablara el corazón
Si conocieras como te busco,
como te busco
escucharías más mi voz.

“Si conocieras como te sueño,
me preguntaría lo que espero de tí,
si conocieras como te sueño,
buscarías lo que he pensado para tí...”

Si conocieras como te sueño,
como te sueño,
pensarás más en mí.

Hna. Glenda

RETIRO “DISCÍPULOS, APÓSTOLES, SANTOS”

4.- EN ESPÍRITU Y VERDAD.

VER:

- ¿Me he “saltado” alguna de las fases del proceso de fe: discípulo-apóstol-santo?
- ¿Cuál de ellas acentúo más, y cuál debería reforzar más?
- Medito este párrafo: Ser cristiano es algo distinto de ser religioso. En más de una ocasión se ha dicho que Jesús no vino a inaugurar una nueva religión, sino un nuevo estilo de vida, un nuevo modo de vivir la relación con Dios. Uno empieza a ser cristiano a partir del encuentro con la Persona de Jesús. Según esto, ¿soy “religioso” o soy “cristiano”?

JUZGAR: Jn 4, 5-26:

⁵Llegó Jesús a una ciudad de Samaría llamada Sicar, cerca del campo que dio Jacob a su hijo José; ⁶allí estaba el pozo de Jacob. Jesús, cansado del camino, estaba allí sentado junto al pozo. Era hacia la hora sexta. ⁷Llega una mujer de Samaría a sacar agua, y Jesús le dice: «Dame de beber». ⁸Sus discípulos se habían ido al pueblo a comprar comida.

La samaritana le dice: ⁹«¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy samaritana?» (porque los judíos no se tratan con los samaritanos). ¹⁰Jesús le contestó: «Si conocieras el don de Dios y quién es el que te dice "dame de beber", le pedirías tú, y él te daría agua viva».

¹¹La mujer le dice: «Señor, si no tienes cubo, y el pozo es hondo, ¿de dónde sacas el agua viva?»; ¹²¿eres tú más que nuestro padre Jacob, que nos dio este pozo, y de él bebieron él y sus hijos y sus ganados?». ¹³Jesús le contestó: «El que bebe de esta agua vuelve a tener sed; ¹⁴pero el que beba del agua que yo le daré nunca más tendrá sed: el agua que yo le daré se convertirá dentro de él en un surtidor de agua que salta hasta la vida eterna».

¹⁵La mujer le dice: «Señor, dame esa agua: así no tendré más sed, ni tendré que venir aquí a sacarla». ¹⁶Él le dice: «Anda, llama a tu marido y vuelve». ¹⁷La mujer le contesta: «No tengo marido». Jesús le dice: «Tienes razón, que no tienes marido: ¹⁸has tenido ya cinco, y el de ahora no es tu marido. En eso has dicho la verdad».

¹⁹La mujer le dice: «Señor, veo que tú eres un profeta. ²⁰Nuestros padres dieron culto en este monte, y vosotros decís que el sitio donde se debe dar culto está en Jerusalén». ²¹Jesús le dice: «Créeme, mujer: se acerca la hora en que ni en este monte ni en Jerusalén adoraréis al Padre. ²²Vosotros adoráis a uno que no conocéis; nosotros adoramos a uno que conocemos, porque la salvación viene de los judíos. ²³Pero se acerca la hora, ya está aquí, en que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y verdad, porque el Padre desea que lo adoren así. ²⁴Dios es espíritu, y los que adoran deben hacerlo en espíritu y verdad».

²⁵La mujer le dice: «Sé que va a venir el Mesías, el Cristo; cuando venga, él nos lo dirá todo». ²⁶Jesús le dice: «Soy yo, el que habla contigo».

- ¿De qué tengo sed en este momento de mi vida? ¿Y de qué pienso que tiene sed la gente de mi entorno?
 - La mujer samaritana escuchó atentamente todo lo que Jesús le estaba diciendo y supo mantener un diálogo con Él. ¿Tengo esa actitud de escucha? ¿Mi oración es diálogo, o monólogo?
 - Medito este párrafo: el camino del discípulo pasa necesariamente por el planteamiento y la aceptación de los problemas personales, porque existe una profunda relación entre conocernos personalmente y amarnos, entre ser conocidos y sentirnos amados. De este sentirnos amados nace la posibilidad de abrírnos al don que Dios nos ofrece por Jesús.
-
- Medito este párrafo: Jesús dice a la mujer: Si conocieras el don de Dios... Es como si nos dijera: “Si supieras lo que necesitas de verdad...” Si supieses lo que te falta para ser verdaderamente humano, para tener un verdadero rostro de cristiano. ¿Sé lo que de verdad necesito?
 - Jesús nos plantea la desproporción entre la sed del hombre y las escasas posibilidades que ofrecen las criaturas y la sociedad para apagarla. El corazón del hombre ha sido creado demasiado grande, y todas las posibilidades que nos ofrece la sociedad nos dejan un enorme vacío, que está necesitando de algo infinito para llenarlo. ¿Cuál es el “agua que bebo” para tratar de satisfacer mi “sed”?

- Ser discípulo no es algo exterior a cada uno: la fuente de la vida y de la fecundidad está abierta dentro de cada uno. Jesús no nos proporciona el agua viva desde el exterior: nos descubre a cada uno el misterio de nuestra propia personalidad, nos revela a nosotros mismos. El primer paso para acceder al agua viva es la sinceridad con nosotros mismos. ¿Es así en mi caso?
 - Los maridos que ha tenido la samaritana representan la búsqueda de seguridades, todo aquello a lo que nos atamos como un refugio a nuestra debilidad y mediocridad. Esta mujer buscaba en los maridos lo que no encontraba dentro de sí misma. Pero los maridos no le podían dar lo que buscaba su corazón. ¿Cuáles son “mis maridos”?
-
- El hombre del Antiguo Testamento es un hombre profundamente religioso, cumplidor de la ley, observante de los ritos; es un hombre que reza puntualmente, que ayuna cuando está mandado, que paga los diezmos. Es perfecto, pero con frecuencia su corazón, que es lo más importante, está lejos de Dios aunque lo invoca con tanta frecuencia. En la práctica, ¿soy del Antiguo, o del Nuevo Testamento?
 - Adorar a Dios en espíritu y verdad supone un serio compromiso personal de ajustar la vida a lo que quiere Dios. Y esto es mucho más comprometido y exigente que el simple cumplimiento. Una religión de fórmulas, aunque sea de fórmulas piadosas, no apaga la sed del hombre, no justifica el compromiso de una vida. ¿En qué me siento cuestionado por este párrafo?

ACTUAR:

- Medito estas frases y pienso si me ocurre a mí lo que indican:
 - Son muchos los que se dicen cristianos y, sin embargo, no saben lo que es disfrutar de su fe, sentirse a gusto con Dios y vivir saboreando su adhesión a Jesús.
 - Bastantes cristianos “conocen, creen cosas” acerca de Jesús, pero no saben comunicarse gozosamente con Él.
 - En la celebración litúrgica. Se observan correctamente los ritos externos y se pronuncian palabras hermosas, pero todo parece acontecer “fuera” de las personas. Se habla con los labios, pero el corazón está ausente.
 - Es significativo también lo que sucede con la lectura de la Biblia: no hemos aprendido a saborear el evangelio de Jesús.
- Como Jesús hace saber a la samaritana, el Padre está buscando verdaderos adoradores. Dios es amor, perdón, ternura, aliento... y quienes lo quieren adorar en espíritu y verdad deben parecerse a Él. ¿Qué tengo que hacer o dejar de hacer, qué debo cuidar o potenciar para ser mejor discípulo, y adorar al Padre en espíritu y verdad?

SI CONOCIERAS EL DON DE DIOS

“Si conocieras el amor que Dios te tiene
si descubrieras lo que Él te quiere regalar...”

Si conocieras como te amo
si conocieras como te amo,
dejarías de vivir, sin amor.
Si conocieras como te amo
si conocieras como te amo,
dejarías de medigar cualquier amor.
Si conocieras como te amo,
como te amo
serías más feliz.

Si conocieras como te busco
si conocieras como te busco,
dejarías que te alcanzara mi voz

Si conocieras como te busco
si conocieras como te busco
dejarías que te hablara el corazón
Si conocieras como te busco,
como te busco
escucharías más mi voz.

“Si conocieras como te sueño,
me preguntaría lo que espero de tí,
si conocieras como te sueño,
buscarías lo que he pensado para tí...”

Si conocieras como te sueño,
como te sueño,
pensarás más en mí.

Hna. Glenda